

HIJOS DEL 68: LA SOCIEDAD ADOLESCENTE

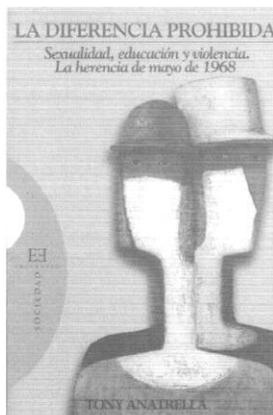
La diferencia prohibida

Autor:
Tony Anatrella
Ediciones Encuentro
Madrid, 2008
336 pág.

La diferencia prohibida es el título del libro de Tony Anatrella – sacerdote jesuita, psicoanalista y consultor de los Consejos Pontificios para la Familia y para la Pastoral de la Salud– que acaba oportunamente de publicar *Ediciones Encuentro*, coincidiendo con el cuarenta aniversario de la que parecía una cuasi-inocente revuelta estudiantil, que ha pasado a la historia con el nombre de la fecha en que se produjo: “mayo del 68”.

Define el autor con un adjetivo, a mi juicio brillante, la sociedad que surge de la fractura sesentayochista: “adolescéntrica”. Esta es la tesis en torno a la que gira el tema fundamental del libro: la negación de toda diferencia, como herencia del caos del 68, y causa de los problemas fundamentales a los que se enfrentan nuestras “modernas” sociedades occidentales: problemas familiares y educativos, problemas en la construcción personal (fundamentalmente en la vivencia de la interioridad y la sexualidad); y finalmente también del “gran” problema –pues parece ser el único reconocido por los medios de comunicación pública– de la violencia que aumenta, en espirales crecientes y cada vez más difícilmente controlables.

Vayamos por partes. La sociedad occidental ha sufrido una profunda alteración cuyo comienzo es coincidente en el tiempo con la revuelta de los estudiantes de mayo del 68. Y ello a pesar de que, como indica Anatrella, “la revuelta adolescente de los años 68-70 es (...) un engaño intelectual al que sentimentalmente se atribuyen cantidad de méritos que no tiene. De ese período no queda ningún pensamiento válido a partir del cual sea posible construir o enriquecer la relación social y mirar con perspectiva



un proyecto de vida. No obstante, la mayor parte de los temas psicológicos que la revuelta produjo, propios de la adolescencia, continúan teniendo efectos políticos.” (pp. 13-14).

¿Y cuáles son esos “temas psicológicos” propios de la adolescencia, que produjo la revuelta y continúan informando la vida de las sociedades occidentales? En primer lugar, la que ha sido llamada “ausencia del padre”. Como perspicazmente observa Anatrella, “los padres siguen efectivamente estando presentes, pero es sobre todo la función paterna la que ha sido devaluada” (pp. 35-36), al no aceptarla ya la sociedad. La función paterna es la que permite al hijo individualizarse, separándose de la madre. Sin embargo, en nuestra sociedad occidental, de fuerte cuño matriarcal, la relación que se privilegia es la de la madre con el hijo, obviando la importancia del padre en su educación. El padre es el que introduce en la relación materno-filial el concepto de “diferencia”, precisamente el que hoy —en nombre de una falsa igualdad, que ha degenerado en igualitarismo, consistente en tratar todas las realidades por igual— intenta abolirse a toda costa.

“Los acontecimientos de mayo del 68 en Europa han contribuido a escamotear la figura del padre. Fue una revuelta contra el padre y todo lo que él representa. En los muros de París se podía leer este eslogan: «Los enemigos de mi padre son mis amigos»” (p. 20), explica Anatrella. Efectivamente, mayo del 68 supuso un ataque contra la autoridad, la herencia, la tradición, la ley. Todo lo que habitualmente transmite el padre.

Se ha llegado así a la situación actual, con padres-adolescentes que no saben ni quieren diferenciarse de sus hijos; o padres que intentan desempeñar el mismo papel en la familia que la madre (y no es casual el empeño de los políticos por fomentar la “igualdad” en este campo, equiparando la maternidad y la paternidad a la hora de conceder determinados beneficios o medidas singulares). Al final, siempre, la negación de la diferencia que agudamente denuncia el autor de este libro, en sus diversos

aspectos, apoyada siempre en la negación de la diferencia fundamental, la existencia de dos sexos por naturaleza –y no de una “orientación sexual” que cada cual elige y altera según la emotividad o las circunstancias del momento, como sostiene la teoría “de género”–: “La diferencia no se juega entre heterosexualidad y homosexualidad, sino entre hombre y mujer”. (p. 17).

La educación es un campo que acusa especialmente todos los problemas de la familia. Porque la educación primigenia es la que la familia dispensa a sus miembros, y porque la educación escolar tiene una influencia muy limitada si le falta la adecuada cooperación del entorno familiar del alumno. Tony Anatrella explica bien, en el capítulo titulado “Problemas y recursos de la relación educativa”, cómo la no diferenciación entre infancia y madurez de nuestras sociedades está afectando al proceso educativo en sí. Los adultos se comportan con la inmadurez propia de niños y adolescentes, pero a su vez los traumas que esta actitud provoca en su convivencia parental provocan que –con cada vez más frecuencia– los progenitores traten a sus hijos como adultos, pidiéndoles apoyo o consejo en experiencias para las que los niños no están aún preparados. “Estas ambivalencias revelan que los niños, desde que son confundidos con los adultos, no son reconocidos y estimados por sí mismos.” (p. 90). Paradójicamente, una época que se precia de sobreproteger a la infancia, es una época en la que aumenta el número de niños desvalidos, solos, “no queridos”: el niño se concibe, cada vez más, no como un bien en sí mismo, sino como mera respuesta a un deseo subjetivo del adulto.

Las consecuencias para el proceso educativo son también terribles. Anatrella muestra cómo nuestra sociedad ha renunciado por completo a la mera idea de “educar”, de transmitir lo mejor, lo más valioso; y así “lo psicológico ha suplantado a lo pedagógico”: una realidad que conoce bien, por entrar directamente en su campo de ejercicio profesional. Pero el libro no se queda en esta perspectiva de desaliento, sino que el autor aporta al acabar el capítulo algunas propuestas: “Educar: para qué” y

“Educar: cómo”.

Con valentía, denuncia el autor uno de los grandes males de nuestro tiempo, sobre el que parece haber caído una orden de silencio, de ocultamiento: la “falta de interioridad” que denunció Juan Pablo II en su última visita a nuestro país, sin la cual “el hombre pone en peligro su propia integridad”. Las consecuencias que se derivan de esta crisis de la interioridad del hombre son dramáticas, y no afectan sólo al individuo, sino a todo el tejido social: la incapacidad para situarse en una continuidad, para mantener los compromisos adquiridos, el tiempo reducido al instante, el sujeto-rey que es incapaz de mantener relaciones satisfactorias con los otros, gobernado absolutamente por el narcisismo al que nadie le ha enseñado a enfrentarse... La debilitación del vínculo matrimonial tiene una de sus causas –si bien no la única– en esta crisis de los sujetos, que los incapacita para el amor verdadero.

Al “sexo fragmentado” y al “sexo asocial” dedica el autor dos capítulos del libro. Constituyen un fresco vivísimo sobre la actual concepción del sexo en las sociedades postmodernas de una más que nunca “vieja Europa”, donde los adultos –tras la “revolución sexual” de mayo del 68– presentan el sexo sólo en términos biológicos –cómo funciona– obviando toda referencia a su sentido. Esta banalización del sexo, la separación de la dimensión de placer de la de procreación, unida a su omnipresencia en los medios de comunicación y en la publicidad, ha acabado produciendo efectos gravemente perjudiciales para el conjunto de la sociedad: el autoerotismo creciente, la pederastia o negación de la procreación, el aborto o el rechazo de la procreación.

Sorprende la sencillez y la valentía con que el autor aborda los más graves problemas de nuestras sociedades, su capacidad para llamar a las cosas por su nombre. Y si en toda la obra ésta es una constante, sorprende especialmente en los dos últimos capítulos, los dedicados a la homosexualidad y a la violencia. Respecto de la homosexualidad, habla Anatrella de la paradoja que consti-

tuye la reivindicación de “ser reconocida por la sociedad como un derecho a la diferencia, cuando es la negación misma de la diferencia y de la diferencia de sexos” (p. 278). En páginas que cobran una insólita gravedad ante la situación actual en nuestro país, el autor combate la pretensión de una regulación legal de las uniones homosexuales, que han existido siempre “pero sin crear derechos: es la persona la que es sujeto de derechos y de deberes.” (p. 292). Al equiparar las uniones de personas del mismo sexo con el matrimonio, el legislador desposee de todo su valor al matrimonio civil que, “en el contexto actual, resulta caduco” (p. 283), y excede el ámbito de sus competencias, entrando a regular lo antropológico, que es pre-político. “Algunos confunden el modelo social y la situación personal”, e imponen su pensamiento de tal forma que expresar el menor cuestionamiento respecto de su postura es considerado una grave ofensa, en una suerte de “terrorismo intelectual” que impele a que sólo se pueda nombrar la homosexualidad “para reconocerla y valorarla como un modelo social al mismo título que la relación hombre/mujer” (p. 295).

Con arrojo también habla Anatrella de la violencia juvenil, en alza en nuestras sociedades, especialmente significativa en los centros escolares. Porque no es una carencia afectiva, en la mayoría de los casos, sino de una carencia educativa, lo que hay en la raíz de tantas manifestaciones violentas. Los adolescentes perciben en la inhibición adulta de la relación educativa que no hay un entorno que les acompañe y les dé seguridad, con normas situadas más allá de su propia subjetividad, y reaccionan en forma violenta, que “da testimonio del mal que sufre la sociedad. Ésta ha abandonado a los jóvenes. Ha dejado su educación. No cuenta con ellos para construir un futuro.” (p. 316). Quizá porque casi nadie piensa en un futuro, como magistralmente resume el autor, llegando al final de su obra:

“«Consumamos y muramos, el futuro se hará sin nosotros» es el eslogan que puede resumir la actitud de las mentalidades actuales que viven en la confusión del presente y en la nostalgia de un pasado que sin embargo no es glorioso. Mayo del 68 queda así como un fenómeno mítico, cuando ha sido la expresión aguda de la depresividad social que ponía en marcha. Vivimos en un tiempo parado, con la ilusión de mantenernos en una juventud sin fin (...) olvidando que somos mortales.” (p. 334)

En resumen, estamos ante una obra imprescindible, si se quiere entender adecuadamente el momento que atraviesa Occidente. Con la única dificultad de un lenguaje muy especializado en lo que se refiere a las abundantes referencias psicoanalíticas, pero con la innegable sensación de frescura y claridad que sólo produce el contacto con lo verdadero, es ésta probablemente la “obra clave” para entender el Mayo del 68, y su lastimosa herencia, que aún estamos intentando digerir en el presente.

ANA RODRÍGUEZ DE AGÜERO Y DELGADO
UNIVERSIDAD CEU SAN PABLO